

## Yorgos Ioannu, *Mi única herencia*

---

*Amor López Jimeno*  
*Universidad de Valladolid*

### **Presentación.**

#### *1. Datos biográficos\*.*

Yorgos Ioanu nació en Tesalónica en noviembre de 1927, en una familia de refugiados procedente de la Tracia Oriental (Redestós-Kessani). En Tesalónica completó sus estudios de Historia y Arqueología, en la Facultad de Letras de la Universidad Aristotélica, donde trabajó posteriormente un tiempo como Profesor Ayudante en la Cátedra de Historia Antigua. Trabajó después como profesor en colegios privados de Atenas y en provincias, hasta ganar su plaza en la Enseñanza Secundaria. En 1962 es enviado a Banghâzi, Libia, donde funda el Instituto Griego, en el cual enseñará durante dos años.

Desde 1971, se establece de manera definitiva en Atenas, prestando sus servicios en el Ministerio de Educación. El 16 de febrero de 1985 fallece en el Hospital Sismanoglio de Atenas, tras una operación de próstata.

#### *2. Obras de Ioanu.*

Filólogo, profesor y etnógrafo, además de escritor, pertenece al grupo de autores salonicenses que, nacidos hacia 1925, hacen su aparición en el panorama literario en la década de los 50. Criados a caballo de la II Guerra Mundial y la Guerra civil, en seguida toman conciencia de la realidad de su país y muchos de

---

\* Agradecemos sinceramente a la familia de Yorgos Ioanu (su hermana, Dímitra Milaraki-Ioanu, su madre, Azanasía Ioanu, y su cuñado, Mijalis Milarakis), la generosa aportación de algunos datos biográficos del autor, así como su disponibilidad en todo momento para facilitar nuestro trabajo.

ellos se implican políticamente con la izquierda, a la vez que intentar recuperar las formas expresivas en la creación literaria. En este grupo se incluyen escritores de la talla de Vasilis Vasilicós, Kostas Tajtsís, o Yorgos Jimonás.

Ioanu, por su parte, cultivó, sobre todo, el relato, pero también escribió poemas y ensayos. Sus relatos breves en prosa, que él mismo denomina πεζογραφήματα (prosas), se caracterizan por un tono personal -narrador en primera persona- y realista, muchas veces irónico, incluso sarcástico, siempre con el trasfondo de la ciudad de Salónica y sus gentes.

Yorgos Ioanu comienza su andadura literaria como poeta. Su primer libro es la pequeña colección poética de *Ηλιοτρόπια* (*Girasoles*, 1954), a la que sigue *Τα χίλια δέντρα* (*Los Mil Arboles*, 1964), nombre de un famoso pinar a las afueras de Tesalónica, también llamado Seij-Suj<sup>1</sup>. Al año siguiente aparece su primer libro de relatos en prosa, *Για ένα φιλότιμο* (*Por amor propio*, 1964), acogido con admiración por crítica y público, lo que le anima a continuar cultivando este género en exclusiva y abandonar la poesía. En esta línea escribe el grueso de su producción: *Η Σαρκοφάγος* (*El sarcofago*, 1971), *Η μόνη κληρονομιά* (*La única herencia*, 1974), *Το δικό μας αίμα* (*Nuestra sangre*, 1978), *Επιτάφιος θρήνος* (*Lamento funerario*, 1980), *Ομόνοια* 1980 (*Omonia* 1980, 1980) *Κοιτάσματα* (*Sedimentos*, 1981), *Πολλαπλά κατάγματα* (*Fracturas múltiples*, 1981), *Εφήβων και μή* (*Efebos y no*, 1982), *Καταπακτή* (*Escotillón*, 1982), *Εύφλεκτη χώρα* (*País inflamable*, 1982), y *Η πρωτεύουσα των προσφύγων* (*La capital de los refugiados*, 1984), su última obra de relatos. Publica además la obra de teatro para niños *Το αυγό της κότας*, (*El bueño de la gallina*, 1981), representada en el Teatro Nacional. Póstumamente apareció la "lectura infantil" *Ο Πίκος και η Πίκα* (1986).

Ioanu se ocupó también activamente de recuperar la tradición popular griega, escribiendo introducciones, comentarios y glosarios de los siguientes trabajos: *Τα δημοτικά μας τραγούδια* (*Nuestras canciones populares*, 1966), *Μαγικά παραμύθια του Ελληνικού λαού* (*Cuentos mágicos del pueblo griego*, 1966), *Παραλογές* (*Absurdos*, 1970), *Καραγκιόζης* (*Karanguiosis*<sup>2</sup>, 1971-72, 3 tomos) y *Παραμύθια του λαού μας* (*Cuentos de nuestro pueblo*, 1973).

Trasladó además obras del griego clásico al moderno con los respectivos comentarios: la tragedia de Eurípides *Ιφίγεια entre los Tauros* (1969), el Libro XII de la *Antología Palatina*, titulado "Musa infantil de Estratón" (*Στράτωνος Μούσα Παιδική*, 1980), así como, del latín, la *Germania* de Tácito (1981), y se ocupó de la edición, con introducción y comentarios propios, del *Diario* de Filippus S.

---

<sup>1</sup> Durante la ocupación los alemanes establecieron aquí un campamento de adiestramiento de perros para perseguir a los de la resistencia. Vid el relato «Los perros de Seij-Sú», de su libro *La única herencia*.

<sup>2</sup> El popular teatro de sombras, editado por Ioanu.

Dragumis, (1984). Tradujo además al poeta checo Petr Betruts y algunos capítulos de las *Confesiones* de San Agustín.

Como fruto de sus investigaciones filológicas en 1985 publicó una serie de ensayos sobre Papadiamantis, Kavafis y Lapaciotis<sup>3</sup>, titulada *El amor de la naturaleza* (*Ο της φύσεως έρως*).

Finalmente, Ioanu sacó adelante por sí solo la publicación periódica de la revista *Φυλλάδιο* (*Fascículo*), desde 1978 hasta su muerte en 1985 (8 números), además de colaborar regularmente con otras revistas y periódicos.

En 1982 se grabó el disco *Κέντρο Διερχομένων*, con versos de Yorgos Ioanu y música de N.Mamankaki. Existe además en el mercado una cinta magneto-fónica donde el propio Ioanu lee algunos de sus textos: *Ο Ιωάννου διαβάζει τον Ιωάννου*.

Ha sido traducido al inglés<sup>4</sup>, al francés<sup>5</sup> y al castellano<sup>6</sup>.

Ioanu es considerado como el introductor en las letras griegas del relato breve, que se sitúa entre el ensayo y el relato de las peripecias psicológicas del narrador. Este nuevo género literario, así como los principios estéticos generales de Ioanu han ejercido hasta la actualidad una poderosa influencia en la prosa griega contemporánea. Su creación se basa en sus propias vivencias y experiencias vitales. El mismo sostenía que no se puede escribir buena literatura si las palabras no están cargadas de vida y si el autor no la palpa con su alma y su espíritu. Y, en efecto, su obra rezuma sensibilidad y emoción contenida.

a) Obras:

*Poesía:*

1954 *Ηλιοτρόπια*, (ποιήματα) *Girasoles*, (poemas)

1963 *Τα χίλια δέντρα* (*Los Mil Arboles*)

*Relatos:*

1964 *Για ένα φιλότιμο*, (πεζογραφήματα) *Por amor propio*

1971 *Η Σαρκοφάγος*, (πεζογραφήματα) *El sarcófago*

1974 *Η μόνη κληρονομιά*, (διηγήματα) *La única herencia*

---

<sup>3</sup> Napoleón Lapaciotis (1888-1943), poeta del 20, seguidor de Oscar Wilde en sus primeros poemas, melancólico y desesperado en los últimos, al estilo de su coetáneo Kariotakis.

<sup>4</sup> *Good Friday Vigil*, trad. P-MacKridge-J.Willcox, Kedros, Atenas, 1995

<sup>5</sup> *Le Sarkophage*, trad. M.Volkovitch, Paris, Climats, 1992.

<sup>6</sup> *El sarcófago*, trad. R.Bermejo-E.Ibáñez-A.López, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Valladolid.

- 1978 *Το δικό μας αίμα*, (πεζογραφήματα) *Nuestra sangre*
- 1980 *Ομόνοια 1980*, (πεζογραφήματα) *Omonia 1980*
- 1980 *Επιτάφιος θρήνος*, (διηγήματα) *Lamento funerario*
- 1981 *Κοιτάσματα*, (πεζά κείμενα) *Sedimentos*
- 1981 *Πολλαπλά κατάγματα* (πεζογραφήματα) *Fracturas múltiples*
- 1982 *Εφήβων και μη*, (πεζά κείμενα) *Efebos y no*
- 1982 *Εύφλεκτη χώρα*, (πεζά κείμενα) *Raís inflamable*
- 1984 *Η πρωτεύουσα των προσφύγων* (πεζογραφήματα) *La capital de los refugiados*
- ensayos:*
- 1966 *Τα δημοτικά μας τραγούδια* (*Nuestras canciones populares*),
- 1966 *Μαγικά παραμύθια του Ελληνικού λαού* (*Cuentos mágicos del pueblo griego*)
- 1970 *Παραλογές* (*Canciones históricas*),
- 1971-72 *Καραγκιόζης* (*Karanguiosis*, 3 tomos)
- 1973 *Παραμύθια του λαού μας* (*Cuentos de nuestro pueblo*).
- 1985 *Ο της φύσεως έρωσ* *El amor natural* (sobre Papadiamantis, Kavafis y Lapaciotis).
- otras:*
- 1981 *Το αυγό της κότας*, (θεατρικό) *El huevo de gallina* (obra de teatro infantil)
- 1984 *Αλεξάνδρεια 1916*, (Ημερολόγιο) *Alejandro 1916* (Diario)
- b) Traducciones de Ioanu:*
- Le sarcophage*, trad. M.Volkocitch, Paris, Climats, 1992.
- Good Friday Vigil*, trad. P.Mackridge- J.Wilcox, Atenas, Kedros, 1995.
- El sarcófago*, trad. R.Bermejo- E.Ibáñez- A.López, Valladolid, Servicio de publicaciones de la Universidad de Valladolid, 1998.

### 3. *La prosa de Ioanu.*

Firmemente asentada en la realidad, si algo caracteriza la prosa de Ioanu es su carácter tesalonicense. En sus relatos conforma todo un cuadro escénico de su ciudad natal, aunque sin caer en el costumbrismo. Sin embargo, la procedencia minorasiática de su familia es patente en su obra, como en todos los autores

que se vieron desarraigados de su patria milenaria. Las alusiones a pequeños detalles concretos, retazos de su vida, o a recuerdos de sus mayores que le son transmitidos por tradición oral, son constantes en sus relatos. Igualmente, son continuas las referencias a su núcleo familiar más próximo: a sus padres, sus hermanos -el menor, muerto prematuramente-, su abuela y otros parientes más lejanos. Los recuerdos infantiles se cuelan en su memoria, no siempre teñidos de nostalgia dulce, sino a veces con tremenda amargura y su característica ironía. Su infancia, indudablemente, como la de todos los niños que crecieron en la guerra, estuvo impregnada de claroscuros ...

Además de ese entorno familiar más inmediato que, inevitablemente, inspira gran parte de su creación literaria, cabe destacar otras fuentes de inspiración.

Una de ellas, como hemos indicado, es la propia ciudad de Tesalónica, de Salónica. Ioanu es un autor fundamentalmente salonicense y, en ese sentido, su adscripción a la llamada "Escuela de Tesalónica", que se ha querido oponer a menudo a la "Escuela de Atenas", no sería desacertada. En sus relatos, especialmente los de la primera etapa, hasta su establecimiento en la capital, pinta vívidas escenas de su ciudad, con la naturalidad y frescura de quien vive y se desenvuelve en ese contexto. Afloran sus calles, sus iglesias, sus monumentos, los cines de barrio, pero sobre todo, sus gentes -los niños con los que jugaba, los judíos<sup>7</sup>, las putas, los taberneros, los tenderos del barrio, los trabajadores del puerto, etc. etc.-. Refleja también con admiración y fina ironía las costumbres populares y religiosas de la ciudad<sup>8</sup>.

Un germen primordial de su producción son los recuerdos de las duras experiencias vividas durante la guerra -la ocupación nazi, las ejecuciones, el traslado forzoso de los judíos a campos de concentración, los traidores, los colaboracionistas, la resistencia-, con sus terribles consecuencias: la muerte, la destrucción, el hambre y, sobre todo, para alguien hipersensible como Ioanu, la soledad<sup>9</sup>.

Otra fuente importante de inspiración es su propia experiencia, que imprime ese tono característico en él de confesión, engañosamente autobiográfico, en primera persona. Es ineludible aludir a su condición homosexual, que trasluce en sus relatos pero, a lo que parece, no del todo asumida, pues a menudo lo atormenta y empuja al aislamiento voluntario. Ioanu dirige su característica

---

<sup>7</sup> En Tesalónica existía una importante colonia de judíos sefarditas, establecidos allí desde su expulsión de España, que quedó prácticamente eliminada con la ocupación nazi. Los judíos protagonizan numerosos relatos de Ioanu, entre otros «Las tumbas judías» de *Por amor propio* y «Las Incantadas» y «La cama» de *El sarcófago*.

<sup>8</sup> Vid «Nuestra señora de las corrientes» y «Las Incantadas», de *El sarcófago*.

<sup>9</sup> Vid el relato «La cama» de esta misma colección, donde cuenta cómo se llevaron los nazis a su vecino y amigo judío Isos.

mordacidad, en primer lugar, hacia su persona, llegando en ocasiones a ser excesivamente autocrítico y hasta cruel consigo mismo. Su experiencia propia, y no sólo en este terreno, inspira gran parte de -si no toda- su creación, pues es una obra firmemente arraigada en la realidad y en el momento actual. Su mirada hacia ese mundo exterior (e interior) es generalmente crítica, a veces implacable, mordaz, -empezando por sí mismo-, aunque suavizada por un tono de suma comprensión hacia las debilidades humanas, sobre todo las ajenas.

Aunque bebe principalmente de su entorno y de las sensaciones propias que éste despierta en él, no faltan en Ioanu referentes literarios, como la canción popular, la tradición, y autores como Papadiamandis y Kavafis, temas a los cuales dedicó, como hemos visto, su interés filológico.

Hay algunos rasgos del autor que se trasladan a su estilo literario, imprimiendo a su tono un carácter incuestionablemente peculiar y único. Ya hemos mencionado su ironía, tal vez el rasgo más característico de Ioanu, que a veces se aproxima más al sarcasmo y a la mordacidad cáustica. Su innegable sentido del humor es con frecuencia un humor negro, amargo, pero, en cualquier caso, el único recurso para enfrentar el sinsentido y la -a menudo- crueldad de la vida. Es de destacar también su exacerbada sensibilidad. Una tendencia particular que ironiza él mismo en sus relatos parece ser su propensión al aislamiento y la soledad, llegando incluso a la incomunicación, que sus escauceos amorosos no lograban paliar, sino, por el contrario, acentuar, debido, probablemente, a una necesidad de ternura insatisfecha.

Por lo demás, formalmente su estilo literario es conciso, o, por mejor decir, contenido, de frases por lo general muy breves e incluso cortantes, pero cargadas de intención y/o emoción, con abundantes ironías, juegos de palabras y frases de doble sentido, sintácticamente sencillo y con una lengua engañosamente simple. A veces se le ha acusado, con evidente injusticia, de provincianismo<sup>10</sup>. Si eso está reñido con la universalidad, no merece mayor discusión: basta leer a Ioanu para apreciar su validez universal. O tal vez, todos seamos provincianos ...

Yorgos Ioanu es una de las figuras más relevantes del panorama literario griego de posguerra, aunque está marcado familiarmente por la catástrofe de Asia Menor, que obligó a su familia a abandonar la patria, estableciéndose en Tesalónica.

Los elementos fundamentales de su obra se asientan sobre su experiencia personal (aislamiento, soledad) y familiar (expulsión de la patria, desgracias y

---

<sup>10</sup> E. MAVRONITIS, «Ερωτήματα για επαρχιακή λογοτεχνία» *Διαβάζω* 10, 1978, 30-39. "Yorgos Ioanu. Literatura de provincias: interrogantes y aporías. Las mezclas de seguridad y el conversador desnudo. La patología provinciana y el entusiasmo folclórico. Elecciones provincianas: otros caminos." 1977, reed. 1978 y 1986.

pérdidas sucesivas) transmitidas sobre todo oralmente por sus mayores, enmarcadas en el contexto de la ciudad de Tesalónica, y en unos momentos históricos en los que todo el país estaba inmerso en la penuria de la guerra y la posguerra. Con su habitual tono ácido y un humor a menudo satírico, Ioannu refleja magistralmente las duras condiciones de vida en que transcurrieron sus años jóvenes, sus dificultades de comunicación, la pérdida de los amigos judíos por el exterminio nazi, siempre entrelazado con los relatos familiares.

Maestro del relato breve, que cultivó con gran éxito en la mayor parte de su producción, (*Η Σαρκοφάγος* (1971), *Η μόνη κληρονομιά* (1974), *Το δικό μας αίμα* (1978), *Επιτάφιος θρήνος* (1980), *Ομόνοια 1980* (1980) *Κοιτάσματα* (1981), *Πολλαπλά κατάγματα* (1981), *Εφήβων και μή* (1982), *Καταπακτή* (1982), *Εύφλεκτη χώρα* (1982), y *Η πρωτεύουσα των προσφύγων* (1984)), en este relato, que pertenece a la colección homónima, reconstruye su árbol genealógico con la mirada autocrítica, nostálgica e irónica que lo caracteriza. En él se hermanan las vivencias personales con los sucesos históricos, que afectaron a todos los griegos minorasiáticos.

### Yorgos Ioannu, Mi Única Herencia

Ahora que están muertas todas las ancianas, abuelas y tatarabuelas, justo ahora brotan en mi interior un montón de cuestiones existenciales sobre personas y cosas antiguas y desaparecidas para siempre. Cuando vivían, no sé por qué, no se me ocurría preguntar casi nada. La verdad es que tampoco mostraban interés por contármelas. Sólo casualmente las oía hablar entre ellas de los antepasados y las cosas de antaño, como si las dominara la nostalgia y el reproche por toda una vida de penalidades, que les tenía reservado en sus últimos años el exilio. Esto casi me enfurecía. Pensaba que indirectamente estaban criticando las condiciones de vida que les habíamos garantizado. Entonces abría la boca e imprudentemente soltaba una parrafada de comentarios ácidos y ridículos sobre la tierra de nuestros antepasados, de donde, según tenía entendido, habíamos sido desarraigados. Ellas, sin embargo, protestaban enérgicamente sacando a la luz, indignadas, detalles que mostraban una vida mucho mejor y, sobre todo, más refinada que ésta de la sociedad griega, donde todos nos exasperamos despiadadamente, sin cesar.

Alguna vez hablaban también de sus maridos, mis abuelos, con esa devoción que aportan los muchos años transcurridos y la muerte. Si no fuera por los hijos, creerías que no habían tenido relaciones sexuales con sus mariditos. Y, sin embargo, unas fotografías amarillentas y con los bordes raídos, que llevaban en sus pobres y negros bolsos, junto con migajas del pan bendito, flores de la cruz y monedas de 50 para el cepillo de la iglesia, mostraban unos buenos mozos que en sus buenos tiempos debieron de resultar muy seductores y levantar irresistibles pasiones.

Yo no llegué a conocer a mis abuelos. Ni pudieron disfrutar de mí ni yo sentí jamás la necesidad de llorarlos. Habían muerto los dos mucho antes de mi nacimiento. Y, muerte que no has vivido, no te duele. Me pusieron el nombre de uno de ellos, pero con él no heredé sus encantos. Y no estoy seguro de si hasta ahora lo he honrado como merece. De lo que sí estoy seguro es de que yo no voy a transmitir este nombre a nadie. A no ser que aparezca algún amigo del alma, que me ame mucho más de lo que puedo creer, y le ponga mi nombre a su hijito, si es que en ese momento le pasa por la mente mi atribulada y ridícula existencia. Pero, ¿quién va a querer asumir tal riesgo por mí?

Quiero decir que, para que te llamen "abuelo", primero te tienen que llamar "padre". Y si no ha sucedido lo segundo, y ya han pasado los años, naturalmente olvídate de oír lo primero. Ni aun así está claro. Hay muchos padres que no llegan a oír la palabra "abuelo" y no son pocos los que ni siquiera oyen la palabra "padre", pues mueren antes de que nazca su hijo. Por no hablar de la inmensa mayoría, cuyos hijos no se casan o resultan ser estériles. Mis abuelos se fueron quizás con la pena de morir jóvenes y no conocer a su nieto. Pero, aun de haber vivido, no hubieran oído mucho más. La muerte salvaguarda de muchas amarguras.

Por lo que sé, uno de mis bisabuelos murió de gangrena, por un forúnculo infectado. Un día regresó con el rebaño de repente todo colorado de fiebre y se tiró en la cama. Le pidió a su nuera que le mirara la espalda. Mi abuela se alarmó al ver en esas fornidas espaldas el absceso, que había visto en otros casos fatales, pero no dijo nada. Rápidamente, le abrió, le dio friegas con ajo con todo el brío de que era capaz, para cauterizar el tumor maligno, pero no consiguió nada. Al amanecer el pobre hombre murió renegrido por el pus.

De mi otro bisabuelo esta cabeza mía tiene aún menos recuerdos. Pero también murió muy joven. "Le empezó a doler la tripa de repente" decían. Le pusieron compresas, paños calientes, le dieron caldos abundantes, pero él al poco falleció retorcido de dolor. Sólo dios sabe lo que tenía exactamente. Ahora ya, cualquier diagnóstico no sirve de nada.

Ellos, al menos, murieron en la patria y fueron enterrados en su tierra. Pero de sus hijos, mis abuelos, qué decir, que murieron aún más jóvenes y además en el exilio. Uno murió enseguida, camino del exilio, antes de poder instalar a los suyos en algún lugar, a causa de los sufrimientos y la pena. No aguantó el desarraigo y el papanatismo de la peculiar sociedad en la que se introdujeron de repente. Había malvendido sus rebaños, terrenos y casa en Turquía y la familia se fue para descansar de los sobresaltos diarios. Los enviados del Gobierno los llevaron primero a Dedeagats, los metieron en unos graneros y los dejaron tirados. Aquellos helenos muertos de hambre no podían ni imaginar con qué rastro dignatarios iban a tener que vérselas. En cuanto los veían vestidos a la turca se ponían a cuchichear. Los nuestros rogaron y suplicaron hasta conseguir

un caique, lo cargaron de cosas y se fueron a Samotracia. Durante la travesía pillaron un tiempo espantoso. En su vida había visto tales relámpagos y truenos y eso que había sido durante años caporal. La barca era pequeña y no tenía bodega. Cubrió a la mujer y a los hijos con su capa y él se quedó a la intemperie, azotado por la lluvia y el granizo. En la patria, cuando el diluvio lo sorprendía lejos del aprisco, extendía la capa entre los tejos achaparrados, se tumbaba encima y se tapaba con la otra mitad. Así no tenía miedo de que se lo llevara la corriente ni de que le cayera un rayo. Pero ahora, qué se le va a hacer, estaban los niños. Samotracia, un lugar pelado, yermo, bueno sólo para cabras montesas. Ellos, que habían salido del paraíso, qué iban a hacer allí. Entonces empezaron a darse cuenta de lo que les había pasado. Los turcos no eran los únicos salvajes. Cuando el viento se calmó, con el mismo caique pusieron rumbo a Kavala. Allí se establecieron al menos de un modo más humano, pero, de trabajo, nada de nada. Además ¿en qué podía trabajar? A medida que veía acabarse los billetes en el monedero, se consumía a la par su alma. Iba del café a casa y de casa al café. "Esto no es vida, mujer". La última Pascua sacrificaron un cordero. ¡Ay, aquellos corderos robustos de gruesas rabos que había en la patria! A pesar de todo miró sin ganas la paletilla<sup>11</sup> del cordero para leer el futuro. En cuanto la sacó a la luz, se puso pálido y murmuró "¡Cuánto te queda por pasar, mujer!". Y, desesperado, se echó al colete una copa de vino. Con esta frase concluía después sus relatos la abuela, cuando nos contaba sus desventuras. "Muchos pecados habría cometido yo" decía humildemente. Como si no fuera suficiente el destierro, los bribones que gobernaban el mundo griego entregaron la parte oriental de Macedonia a los germanófilos búlgaros. La hambruna se extendió por todas partes. La harina de maíz, molida a mano, por supuesto, se puso a una lira de oro el kilo, el abuelo estaba a punto de venirse abajo. No quería comer, para que los niños tuvieran un poco más. Le salió entonces el resfriado de Samotracia y se hizo una buena combinación. Se levantó al poco tiempo el pastor. Debió de morir de una manera horrible, pero nunca me lo han contado detalladamente. Y, sin embargo, poco después, las cosas empezaron a cambiar. Los búlgaros se hicieron más tolerantes y al final, una hermosa mañana, desaparecieron de la faz de la tierra junto con sus aliados. Se había firmado el armisticio y nuestros enemigos se dispersaron derrotados. La viuda desplegó entonces una frenética actividad. Resulta que, debajo de aquel pañuelo, se escondía un gran coraje e inteligencia. Lo primero de todo cogió a sus hijas y las llevó a Tesalónica. Una vez que las había dejado colocadas entre compatriotas, se puso en camino a pie a la patria liberada. Al llegar encontró, por fortuna, la casa intacta. Una vecina turca la había defendido. Trabajó allí durante meses como un hombre. Recogió la casa, la cosecha, consiguió pollos y

---

<sup>11</sup> Método adivinatorio de amplia tradición en Grecia y Creta, reflejado en la película de *Zorba el griego*.

patos, preparó gachas, frutas confitadas ... no se enteraba de lo que sucedía en el resto del mundo, ni le importaba. Pero llega un día un primo suyo y le dice: "Rápido, prima, que vienen los tsetes"<sup>12</sup>. No le preguntó nada. Se puso su mejor ropa, las botas de agua, echó una mirada al trigo y al maíz, que llegaban hasta el techo de las habitaciones de abajo y cerró la puerta para siempre. Ni siquiera pudo coger un grano de aquella hacienda inolvidable. Era una buena cosecha, la del año de la Catástrofe<sup>13</sup>. Lo único que se trajo fue la llave de la casa, que tenemos aún colgada de la pared. Vivió muchos años, sin asumir jamás la degradación. Cuando murió, no sabíamos qué edad poner en su esquelita, porque nunca había tenido papeles, ni sabía exactamente cuándo había nacido. En Turquía no los inscribían en ningún registro. Recordábamos que nos decía que la había bautizado un oficial ruso, por eso la llamaban Moscú. Nosotros, claro, sus nietos, la llamábamos siempre Mosco. Miramos en los libros a ver cuándo se había firmado el Tratado de San Esteban, cuando la tribu rubia había bajado hasta las puertas de la Ciudad Soberana. Nos salía una cifra muy elevada, pero debía de ser la real. "Ya quisiéramos nosotros llegar a su edad", decíamos con una sonrisa. En su agonía, recuerdo, cantaba entrecortadamente: "El señor Boreal encargó a todos los barcos...". Habíamos abierto las ventanas porque quería aire, y veía las cortinas blancas ondear en la habitación. No: estos huesos eran para otra tierra, más nuestra.

El otro abuelo murió poco después del primero. No tuvieron, claro está, relación entre ellos. Esto sucedió después de su muerte. Con mil sufrimientos consiguió abrir un despacho de yogur en Tesalónica, que pronto adquirió fama en el barrio de hacer buen yogur, tracio. En menos que canta un gallo se produjo el gran incendio del 17 y quedó hecho cenizas. Por suerte, mientras el fuego estaba aún lejos, fue y salvó la maquinaria. Empezó a vender yogur en la calle. Ponía las cubetas en una esquina y el vecindario venía corriendo con los platos. Alguna vez, cuando le entraba la morriña, iba a su tienda en ruinas y bajo la placa medio quemada vendía su yogur a los pocos que quedaban en aquel barrio. Éste es de quien llevo yo el nombre, como primogénito. Era muy guapo, incluso con los criterios actuales. Un tierno tauro. De esos que crees que nunca van a morir. Y sin embargo, desde que se produjo el incendio, le agarró la pena y al final lo tumbó. Su muerte tampoco la conozco bien. Esos detalles en mi casa se evitan. Los que lo han vivido, se lo guardan. Tienen que combatirlos duramente en la negra noche.

Su mujer, mi otra abuela, le sobrevivió por lo menos 40 años y cuando murió, y eso por su propia dejadez, sus cuatro hijos le habían precedido mucho

---

<sup>12</sup> Cuerpo del ejército de caballería turco, creado específicamente para perseguir a los griegos en la zona de Asia Menor.

<sup>13</sup> 1922.

antes. Eso, sin embargo, no lo sabía, se lo habían ocultado por amor, para no destrozarle el corazón. Sabía sólo lo de los dos primeros. Y no es que fuera una mujercita delicada, todo lo contrario. Por los ojos de esa hembra se había cometido un asesinato allá en la patria. El abuelo había acuchillado a un turco que la rondaba con malas intenciones. Esta es la razón, entre otras, de que tuvieran que salir de allí por pies. Una vez hablamos de ello, cuando las desgracias empezaron a golpear una tras otra a la familia. Cuando enviudó, afrontó la situación mucho mejor que la otra. En Tesalónica, además, estaban los franceses y los ingleses, no había embargo, corría el dinero. De todas maneras las cosas hubieran sido también para ellos difíciles de no haber salvado la abuela durante la huida las joyas de la bisabuela escondidas en el pecho. Aquella es a la que se le murió el marido antes de tiempo, del dolor de tripa. Se las había regalado un pachá que la tuvo un tiempo como favorita. Confieso que no he investigado si la historia con el pachá fue antes o después de enviudar. Además tampoco me importa mucho.

De los hijos de mi abuela se murió primero el segundo, más o menos a los 50. Tuberculosis. Pero aparte bebía mucho sin hacer caso ni a parientes ni a no parientes. Yo no fui ni al hospital ni tampoco al funeral. Era pequeño y querían mantenerme a salvo de los microbios. Los mayores se imaginan siempre las tripitas infantiles muy delicadas e inmaculadas. Y sin embargo el finado tenía debilidad por mí y desde pequeñito se ocupó de inculcarme sus ideas. Yo le escuchaba con atención, lo cual le entusiasmaba. Poco antes de su muerte me había llevado a la Recepción del Rey, cuando regresó tras el simulacro aquél de referéndum. Este tío era el único monárquico en la familia y además kazarevusiiano. Ni siquiera en sus últimos momentos se le pasó por la imaginación renunciar a la kazarevusa, que había aprendido en la escuela. "Caldo de ave"<sup>14</sup>, deliraba. Y nosotros angustiados, a ver qué recado nos quería dejar. Pero en la Recepción aquella ni vi nada ni me enteré de nada. Lo único de aquellos momentos históricos que se me grabó en la memoria fueron los bien cebados caballos de la Caballería, que levantando un poquito la cola arrojaban unas hermosas plastas incluso delante de las autoridades. Unos entrenados limpiadores con escobas y recogedores limpiaban encorvados el estiércol a toda prisa. Pero con los meados no se podía hacer nada. El tío, claro está, no miraba a los caballos, él miraba más alto, entusiasmado porque había regresado su ídolo.

Una vez que los hermanos estaban charlando animadamente de política, oí a mi tío el mayor una frase que se me quedó grabada: "los últimos reyes que tuvimos fueron Seutes<sup>15</sup> y Sitalces<sup>16</sup>", decía con una estruendosa risotada. Mien-

---

<sup>14</sup> En kazarevusa en el original, difícil de reflejar.

<sup>15</sup> Rey de Tracia contemporáneo de Jenofonte, que aparece a menudo citado en la *Anábasis*.

<sup>16</sup> Antiguo Rey de Tracia que dio nombre a un canto guerrero. *Vid. Anab.* 6.1.6.3.

tras, mi padre, que, cediendo a las presiones del segundo, había votado en secreto "sí" en el referéndum, repetía constantemente, para dar la razón también al primero: "Ay, qué nos va a tocar pagar aún a príncipes y princesas, qué nos va a tocar pagar". Más tarde, leyendo a Jenofonte, donde cuenta que Seutes quería hacerle su yerno para darle nuestro país en dote, me quedé mucho tiempo parado en la frase "*Clearco combatía a los Tracios que habitan el Helesponto y ayudaba a los griegos...*"<sup>17</sup>. Me parecía estar oyendo los vítores de mis antepasados. Mi pobre tío, tenía razón en muchas cosas.

Este tío murió antes de la guerra y además en una isla perdida. No sabía mucho de él, lo mantenían pertinazmente alejado de la casa, hasta que un día, al ir al colegio, lo vi, cambiado y nervioso, junto a una ágil mujer, poco más abajo de San Demetrio, en el cruce, repartiendo con prisas unos panfletos a los trabajadores que bajaban en masa de los barrios altos, camino del trabajo. Los obreros, haciéndose los indiferentes, cogían los pasquines y los guardaban de inmediato en los bolsillos. "Tío, tío!" lo llamé, pero no me miró directamente, sólo me hizo un gesto como diciéndome que me alejara inmediatamente. Me quedé y me enorgullecí de verlo allí, con la primera luz de la mañana, más dorada que el polvo que levantaban los pasos apresurados de la silenciosa masa de obreros, hasta que de repente lo perdí de vista, así como a la mujer. El instinto me decía que no comentara nada ni en casa ni a nadie.

Le vi por última vez cuando se lo llevaron esposado, por delante de nuestra casa. Fue poco después de las grandes huelgas, en las que mataron a muchos. El tío era de los cabecillas, y se comió el marrón, al final se encerró con otros en la fábrica de tabaco. Cuando no les quedó más remedio que rendirse, estaban plantados en la puerta exterior unos tipos aguerridos. A medida que iban saliendo los obreros decían: "tú, vete, tú, vete". "Tú, ven aquí", le dijeron a mi tío, y le pegaron una paliza. Y da gracias que no lo mataron allí mismo. Recuerdo las tumbas cargadas de rosas, de esas de las que se hacen los dulces. A escondidas, nos llevaron, de mi casa, a una caterva de chicos al cementerio poco después de los funerales colectivos. Había incontables coronas, hechas a mano, con rosas, narcisos, amapolas, campanillas y clavelinas, apoyadas o colgadas de los árboles. Todas con emotivas notas de elogio o de maldición. Nadie nos impidió acercarnos a las tumbas: reinaba la confusión. Montones de pétalos de flores estaban mezclados con la tierra fresca. Las flores pisoteadas desprendían un fuerte aroma. Entre los árboles, de la zona de los pobres, llegaba amortiguado un canto fúnebre. Como no sabía qué hacer o qué aportar, busqué el botijo y regué unas cuantas tumbas con "agua bendita", que había cogido poco antes

---

<sup>17</sup> *Anab.* 1.9.7. Clearco era un exiliado Lacedemonio. Ciro lo admiraba y puso a su disposición 10.000 monedas de oro. Clearco cogió el dinero y con él reclutó un ejército con el que se lanzó desde el Quesoneso sobre los Tracios del Helesponto, que hostigaban a los griegos de la parte europea con sus constantes incursiones.

de la fuente del mismo nombre en la Evangelista<sup>18</sup>. Este truco lo había utilizado otra vez para que me dejaran salir en aquella hora crítica. El botijo, que por supuesto volví a llenar, me pareció especialmente pesado en el regreso a casa. De esa agua bendita yo no bebí, bebió otro, que no podía beber del agua del grifo. Todavía hoy, cuando paseo distraído con mi cartera cargada como mi conciencia, me viene la idea de que llevo, no la cartera, sino el botijo aquel de agua bendita, del cual yo nunca bebí.

En aquellos tiempos a los presos, cuando los trasladaban por la ciudad, los llevaban a pie, no en furgón. Y precisamente porque los llevaban a pie, los llevaban siempre esposados, aunque estuvieran presos sólo por deudas. Si tenías la suerte de estar en tu barrio, te reconocía todo el mundo y así tenían de qué hablar. Si el guardián era indulgente y llevaba sólo a uno, le dejaba incluso pararse a charlar con los conocidos. Así que el tío convenció a su guardián de pasar un momento por casa. Entonces vivíamos en un bajo y en aquel momento teníamos visitas, unas conocidas. En un momento dado vimos dos manos unidas levantar la cortina y el tío nos gritó por la ventana abierta riendo: "¡adiós, que me trasladan!". Y antes de que pudiéramos articular palabra cayó la cortina y nos quedamos estupefactos. Seguramente se marchó al ver gente extraña. En éstas se formó un buen escándalo, y en cuanto a aquellas cursis, llegaron a vejstorios. Los huesos del pobre hombre probablemente se habrán descompuesto hace mucho, y los huesos de sus maridos, incluso de sus hijos, pero ellas siguen con sus reuniones periódicas y repitiendo "fíjate, el comunista, el haragán". No hace falta decir que el susodicho murió poco después, de algo del pecho, quizás pulmonía. Eso nos dijeron. No había tenido familia, así que el dossier correspondiente fue a parar al archivo.

El tercer tío murió en un manicomio de Panamá, adonde había emigrado antes de nacer yo. Trabajaba como obrero o capataz allí, en el canal, no lo dejaba claro en sus cartas. En Panamá parece que se puso mal, se reunieron allí todos los granujas del mundo. El hecho es que nos escribió que iba a enviar dinero para que compráramos una casa grande para toda la familia, pero de pronto dejó de contestar. La carta aquella la tenemos aún y no sé donde la enmarcamos. Junto con la alegría, nos creó cierta inquietud familiar, porque el emigrante, que había olvidado entre tanto o quizás ignoraba algunas cosas, puso como condición que vivieran todos los parientes juntos. Quizás quería reconciliarlos. Y parece que recibió unas cuantas cartas, enviadas a escondidas, de algunos que temían quedarse fuera de esa Torre de Babel. De todos modos su carta es la única prueba de que estábamos cerca de realizar nuestro sueño de echar raíces en el nuevo país. Según nos enteramos después, por aquella época metieron al desdichado tío en el manicomio, donde murió. Lo enterraron en

---

<sup>18</sup> Nombre del Cementerio de Tesalónica.

Panamá, en los terrenos del Canal. Era muy guapo y las mujeres lo perseguían. Aquí es donde hay que buscar, creo yo, la causa de su locura, de su soledad y su muerte.

No voy a relatar cómo murió mi padre. Murió, por supuesto, joven también él, pero de repente, lo cual para mí significa algo. Y de todos los hermanos era el mejor documentado cronológicamente. Había nacido cuando en Turquía estaba el Juriet. La gente por la calle cantaba abrazada "Yasasín Juriet..." y éste luchaba por salir a la luz. "Chico de suerte" decían todos.

Los hijos de mi abuela, por tanto, al igual que sus abuelos y su padre, murieron todos de muerte natural, quizás con una sola excepción. Y todos entre los 50 y los 60. Hasta los 50 estaban todos estupendamente, no sabían lo que era un médico. Pero en cuanto traspasaban el medio siglo, entraban en una rápida decadencia. Si al menos unos cuantos hubieran muerto de muerte violenta, me quedaría el beneficio de la duda de que aún les quedaba mucha vida por delante, pero tuvo que suceder aquel desgraciado accidente, el asesinato, la paliza, los sufrimientos, y se la segaron de repente. La cosa, sin embargo está clara: todos entre los 50 y los 60.

Antes, estas muertes prematuras tenían para mí un significado meramente emocional. Herencias no había de por medio para que nos enfrentáramos ni para que nos alegráramos. Unos iconos bizantinos que había por ahí, no sé finalmente qué fue de ellos. Y yo, naturalmente, no voy a dejar herencia ninguna. Además, aunque tuviera algo, a quién se lo iba a dejar. Al día siguiente, mis libros y mis papeles saldrán volando de mi casa de alquiler. Ojalá algunos jóvenes robaran algunos de ellos. Quiero decir que, si robas un icono, en seguida se produce un milagro. Para robarlo, tienes que tenerle gran devoción. Quizás lo mismo suceda con los libros. Por supuesto, las supradichas son creencias de viejo.

Camino por la calle mirando las casas inconclusas, los infinitos apartamentos, y no dejo de pensar: "¿a quién pertenece todo esto? Y ¿cómo lo habrán conseguido, después de todo? Y ¿quiénes serán los afortunados que lo heredarán?". Yo ya he perdido toda esperanza de un apartamento, ni aunque fuera un semisótano. Debería conseguir una hipoteca, con lo que me costaría el doble, a 25 años. Pero ¿de dónde voy a sacar tanto dinero y, sobre todo, tantos años? ¿Y si me echan del trabajo o me pasa algo? ¿quién acabará de pagar?. Veo con toda claridad que se lo tragará otra vez el banco y mis papeles no podrán evitar su destino de ir a parar a la calle. Algunas veces sueño que tengo un solar. Un solarcito muy verde en el que el alma se solaza. Y en mi mente se forma la siguiente ridícula idea: "yo también poseo algo en este planeta". Sin duda estoy de atar.

Según vas a Casandra<sup>19</sup>, en una playa solitaria hay una parcela llena de almendros y cipreses alrededor. Al pie de los árboles hay una tumba, no sé qué pone en la lápida (la veo siempre desde el autobús). Cuando posees una tumba así tienes paz espiritual. No te cabe la menor duda, no ya en la inmortalidad del alma, sino incluso en la Segunda Venida. Se necesitarán, no obstante, ciertos trámites, para ser enterrado en tu terrenito. Las cosas importantes nunca son fáciles. Pero al final ¿qué estoy diciendo? No se conceden préstamos hipotecarios para bienes rústicos.

Me lo había olido. Entre tanto me turbé sobremanera cuando hace poco trabé una conversación supuestamente académica con un amigo médico, que ha estudiado en el extranjero. A lo tonto a lo tonto llevé el tema hacia la herencia de la muerte. "Qué quieres que te diga -me dijo- los hijos suelen morir normalmente a la edad del padre". Me quedé sin habla. Ahí tienes mi herencia. Y te lo dicen, eso y cosas peores, con empaque. Su padre todavía vive, un carcamal.

Me marché destrozado, a pesar de no esperaba una respuesta muy distinta. Esperaba que me dijera que tal vez herede la de las mujeres, que son casi todas centenarias. Un montón de cosas que no estaba preparado para preguntar, me devoraban por dentro. Lo único que me confortaba levemente era que yo no le iba a transmitir a nadie esta esperanza de vida de flor. Por la noche volví a irritarme por la seguridad del médico, pero también por mi credulidad. Tranquilizaban mi ánimo mansamente los abundantes ejemplos de longevos cuyos padres habían fallecido jóvenes. En líneas generales, sin embargo, debía de tener razón mi amigo el médico. "Es mejor que empiece a mentalizarme -pensé-. Me pondré en lo peor para no equivocarme. Todos mis predecesores murieron pronto y en plenitud de facultades. Yo, que ni he apacentado rebaños ni cuidé de las viñas, ni llevé una barca, si ni siquiera sé nadar, ¿de qué voy a morir?".

Pero, no te preocupes, alguna vez se producen milagros.

---

<sup>19</sup> La central de las tres lenguas de tierra de la Península Calcídica que se adentran en el Egeo junto al Golfo Termaico: la oriental es el Monte Atos, la central, Casandra, y la occidental Sizonía.